



de las circunstancias, lo demuestran los quiméricos planes á que se entregó seriamente antes de haber ejecutado sus grandes descubrimientos. El proyecto de una cruzada para la reconquista del Santo Sepulcro, le habia meditado con toda madurez, sosteniéndole enérgicamente desde que hizo al gobierno español sus primeras proposiciones: sus entusiastas comunicaciones sobre este particular debieron hacer asomar la risa á los labios de un pontífice como Alejandro VI, y pueden servir de excusa, hasta cierto punto, de la tardanza con que la corona de Castilla acogió sus planes más racionales. Estos delirios extravagantes, sin embargo, nunca oscurecieron la clara luz de su entendimiento en lo que á su grande empresa se referia; y es muy curioso observar la profética minuciosidad con que designaba, no sólo la existencia, sino tambien los tesoros del mundo occidental, como lo demuestran las precauciones que tomó hasta el último momento de su vida, para asegurar íntegros á su posteridad los abundantes frutos que de él debian obtenerse.

Cualesquiera que fuesen los defectos de sus facultades intelectuales, el dedo del historiador no podria señalar fácilmente una sola mancha en su carácter moral. Su correspondencia respira el sentimiento de la más acendrada lealtad

á sus reyes: su conducta manifestó generalmente el mayor celo por los intereses de los que le seguian, habiendo gastado hasta el último maravedí que le quedaba en restituir á su desgraciada tripulacion á su tierra natal; y en todas sus acciones se ajustó siempre á los más estrechos principios del honor y de la justicia. Su última carta á los reyes, escrita desde las Indias, declama contra el uso de las medidas violentas que se tomaban para arrancar el oro de los naturales, considerándolas como igualmente escandalosas que impolíticas: parece que el gran objeto á que se consagra dilató su alma y la elevó sobre los mezquinos y artificiosos medios, por los que algunas veces se intentan conseguir grandiosos fines. Hay algunos hombres en quienes las más extraordinarias virtudes se encuentran reunidas, si no con verdaderos vicios, con miserias degradantes; el carácter de Colon no presenta contradicción tan humillante: ya le consideremos en su vida pública, ya le examinemos en su conducta privada, en todas ocasiones, en fin, ofrece á nuestra vista el mismo aspecto noble y elevado; estaba en perfecta armonía con la grandeza de sus planes, y los resultados de todo fueron los más sorprendentes que el cielo haya permitido jamás realizar á ninguno de los hombres

CAPÍTULO XLVI

Felipe y doña Juana.—Arbitrariedades de Felipe.—Disipacion y desarreglo.—Turbaciones por causa de la Inquisicion.—Don Fernando desconfia del Gran Capitan.—Se hace á la vela para Nápoles.—Lealtad de Gonzalo.—Muerte de Felipe.—Su carácter.—Gobierno provisional.—Estado de doña Juana.—Convocatoria de las Cortes.—Don Fernando es recibido en Nápoles con entusiasmo.—Su entrada en la capital.—Restablece á los angevinos en sus Estados.—Disgusto general.

No bien hubo don Fernando concluido su ajuste con el archiduque Felipe, y partido para sus dominios hereditarios, cuando éste y su esposa doña Juana marcharon á Valladolid, para recibir el juramento de las cortes que se hallaban reunidas en aquella ciudad. Doña Juana, víctima de su habitual melancolía, vestia un traje negro, más propio para tiempos de tristeza que para días de regocijo; y no quiso aceptar las espléndidas y magníficas fiestas con que la ciudad habia dispuesto felicitarla á su llegada. Su disipado marido, que hacia mucho tiempo que no la trataba, no ya con afecto, pero ni tampoco con el debido decoro, quiso persuadir á las Cortes que autorizasen la reclusion de su mujer, como demente, y que depositasen en él todo el gobierno: sostenianle en esto el arzobispo de Toledo y algunos nobles principales: pero fué este intento en extremo desagradable para los procuradores, que se irritaron en sumo grado por semejante ultraje contra su *reina natural*; y fueron sostenidos con tanto vigor por el almirante Enriquez, uno de los nobles más autorizados, por los vínculos de sangre que le unian con la familia real, que Felipe tuvo que renunciar por fin á su propósito, y contentarse con un acto de reconocimiento semejante al que antes se hiciera en Toro. Nadase habló del rey Católico, nide su último convenio con Felipe, por el cual renunciaba en este el gobierno; y el 12 de julio de 1506 se prestaron los acostumbrados juramentos de

fidelidad á doña Juana, como reina y señora, propietaria del reino, y á Felipe, como marido suyo, y finalmente á su hijo mayor, el príncipe Carlos, como presunto heredero y legítimo sucesor á la muerte de su madre.

Por el tenor de estos actos, parecia que la autoridad real se atribuía virtualmente á doña Juana; pero desde aquel punto, sin embargo, Felipe tomó en sus manos las riendas del gobierno, cuyos efectos se dejaron muy pronto conocer en el trastorno general que en todos los ramos se introdujo. Los antiguos y experimentados empleados fueron destituidos sin consideracion alguna, para hacer lugar á nuevos favoritos: los flamencos, en particular, ocuparon todos los puestos importantes; y á su guarda se confiaron todas las fortalezas y castillos principales del reino. Ni los largos servicios, ni la importancia de éstos sirvieron para nada á los que los poseian; el marqués y la marquesa de Moya, amigos personales de la difunta reina, y que habian sido especialmente recomendados por ésta al favor de su hija, fueron arrojados á viva fuerza de Segovia, cuyo fuerte alcázar se dió en custodia al ministro Juan Manuel; y no tenia, finalmente, límites la prodigalidad con que se conferian honras y heredamientos á este astuto favorito.

El método de vida que se estableció en la corte, fué el de la disipacion más inmoderada: las rentas públicas, á pesar de las generosas concesiones de las últimas Cortes, no bastaban



á satisfacerla; y para acudir al déficit, se adjudicaron los oficios públicos al mejor postor. Las rentas que producian las fábricas de seda de Granada, y sobre las cuales estaba asignada la pensión del rey D. Fernando, fueron adjudicadas por Felipe á uno de sus tesoreros; pero afortunadamente, Cisneros se apoderó de la cédula en que esto se ordenaba, y tuvo el atrevimiento de hacerla pedazos; despues de lo cual se presentó al jóven monarca, y le hizo presente la imprudencia de medidas semejantes, que infaliblemente atraerian sobre él el odio popular. Felipe cedió en este caso; pero aunque trató al arzobispo con las mayores muestras de deferencia, no es fácil descubrir por ello que este prelado ejerciera una influencia habitual en el ánimo de aquél, como pretenden sus aduladores biógrafos.

Todo esto no podria ménos de producir disgusto ó inquietud en la nacion; y se presentaron en diferentes puntos del reino los síntomas más alarmantes de rebelion. En Andalucía, especialmente, se organizó una confederacion de los nobles, con el expreso intento de libertar á la reina del cautiverio en que, segun se decia, la tenía su marido; y al mismo tiempo, ocurrían en Córdoba las escenas más tumultuosas por causa del rigor con que la Inquisicion ejercia allí sus funciones. Bajo el pretexto de herejía, habian sido reducidas á prision diferentes personas de ambos sexos de las principales familias, y esta persecucion general provocó una insurreccion, á cuya cabeza se hallaba el marqués de Priego, en la cual se rompieron las puertas de los calabozos, y Lucero, inquisidor odioso en sumo grado por sus crueldades, pudo á duras penas escapar de las manos del pueblo enfurecido. El inquisidor general, Deza, arzobispo de Sevilla, el constante amigo de Colon, pero cuyo nombre se encuentra desgraciadamente en algunas de las más negras páginas de aquel terrible tribunal, se alteró de tal modo, que hizo renuncia de su cargo; y el negocio se pasó al consejo real por orden de Felipe, cuya educacion flamenca no le tenía muy dispuesto á reverenciar de modo alguno al Santo Oficio. Esta medida, sin embargo, le perjudicó tanto en opinion de la parte más supersticiosa de la

nacion, como sus actos, verdaderamente dignos de censura.

Los ánimos de los hombres honrados y prudentes estaban llenos de tristeza, oyendo los sordos murmullos del descontento popular, que parecia que iban tomando fuerza gradualmente para estallar con terrible estruendo; y volvian atrás la vista con profundo sentimiento, contemplando los dias de apacible serenidad de que gozaran bajo el templado mando de don Fernando y doña Isabel.

Entretanto, el Rey Católico proseguia su viaje á Nápoles. Poco despues de la conquista, los napolitanos le habian instado vivamente para que visitara sus nuevos dominios: ahora lo iba á hacer; pero no tanto por acceder á sus ruegos, cuanto para tranquilizar su espíritu, asegurándose de la fidelidad de su virey, Gonzalo de Córdoba. Este hombre ilustre no habia podido librarse de la suerte comun de la humanidad: sus brillantes triunfos habian atraído sobre su cabeza los tiros de la envidia, que parece que siempre acompaña al mérito, como su sombra; y hasta personajes como Rojas, el embajador castellano en Roma, y Próspero Colona, el distinguido general italiano, se rebajaron á emplear su influencia en la corte para disminuir el mérito de los servicios del Gran Capitan, haciendo nacer sospechas acerca de su lealtad. Sus corteses maneras, se decia, su generosa munificencia, y su magnífico método de vida no eran otra cosa que artificios para granjearse el afecto de sus soldados y del pueblo: sus servicios estaban á disposicion del mejor postor: habia recibido las más grandes ofertas del rey de Francia y del papa: habia entablado correspondencia con Maximiliano y Felipe, quienes querian comprar á todo trance su adhesion, si era posible; y por último se aseguraba que si no se habia comprometido hasta entónces por acto alguno manifesto, parecia probable que era solamente por esperar el resultado de las diferencias del rey D. Fernando con su yerno.

Estas sugerencias, en las cuales, como de ordinario acontece, con cierta parte de verdad se hallaba mezclada gran porcion de falsedades, introdujeron más y más la inquietud en el



alma del prudente y naturalmente desconfiado D. Fernando. Procuró éste primeramente disminuir el poder del Gran Capitan, llamando la mitad de las tropas que estaban á sus órdenes, á pesar del estado poco tranquilo de aquel reino, y despues tomó decisivamente la resolucion de mandarle que viniera á Castilla bajo el pretexto de necesitarle en ella para asuntos de la mayor importancia. Con el fin de obligarle más eficazmente, se obligó el rey con solemne juramento á transferirle, á su llegada á España, el maestrazgo de Santiago con todas sus magníficas rentas y dependencias, lo cual era el más precioso florón de la corona; pero viendo que todo esto era inútil y que Gonzalo dilataba su regreso bajo diferentes pretextos, se aumentó de tal modo la inquietud de D. Fernando, que resolvió apresurar su viaje á Nápoles y traerse consigo á su vuelta, si no era ya demasiado tarde, á su excesivamente poderoso vasallo.

Á 4 de Setiembre de 1506, el rey Católico pasó desde Barcelona á bordo de una escuadra bien dispuesta de galeras catalanas, llevando consigo á su jóven y linda esposa y un séquito numeroso de nobles aragoneses, y el 24 del mismo mes, despues de una travesía incómoda y tempestuosa, desembarcó en el puerto de Génova. Aquí se le reunió, con gran admiracion suya, el Gran Capitan, el cual, advertido del viaje del rey, habia venido de Nápoles á recibirle con una flotilla, y esta conducta franca y abierta de su general, si no desvaneció del todo las sospechas de D. Fernando, hizo conocer á éste la conveniencia de ocultarlas, y trató, por lo tanto, á Gonzalo con tales muestras de consideracion y confianza, que podian engañar, no sólo al público, sino tambien al mismo que de ellas era objeto.

Los escritores italianos de aquella época manifiestan su admiracion de que el general español se hubiese entregado con tan ciega confianza en manos de su desconfiado señor; pero aquél descansaba, indudablemente, en la conciencia de su integridad, y no hay ciertamente razon fundada para poner ésta en duda. El más sospechoso de sus actos era su tardanza en obedecer al llamamiento del rey, pero es preciso conocer que tenían mucho peso las razones que

alegaba, de que estaba detenido por el mal estado del país, nacido del proyectado traspaso de los bienes á los barones angevinos, así como tambien de la precipitacion con que se licenciaba el ejército, y que exigia toda su autoridad para impedir que se declarara en abierta rebelion. Á estas causas puede tambien agregarse, probablemente, la de la repugnancia natural, aunque impremeditada acaso, que debia sentir de abandonar el alto puesto, breve compendio de la soberanía absoluta que por tanto tiempo y tan gloriosamente habia desempeñado.

Gonzalo se habia enseñoreado, ciertamente, en su vireinato con regio estilo, pero no se habia arrogado facultades que por sus servicios y particular situacion no le correspondieran. Sus operaciones públicas en Italia se habian dirigido constantemente al provecho de su patria, habiendo tenido siempre por objeto, hasta el último tratado definitivo con Francia, la expulsion de los franceses, arrojándolos al otro lado de los Alpes, y desde aquel suceso se habia ocupado activamente en el arreglo interior del reino de Nápoles, para el cual dictó muchas providencias excelentes, procurando reconciliar, con su habilidad consumada, los bandos é intereses más opuestos. Aunque el pueblo y el ejército idolatraban en él, no hay el menor indicio de que intentara servirse de su popularidad para fines indignos; tampoco le hay de que se dejara corromper, ni aun deslumbrar, por los magníficos ofrecimientos que repetidas veces le hicieran diferentes potentados de Europa; por el contrario, la altiva respuesta que se refiere dió al papa Julio II, respira un espíritu de resuelta lealtad que está en completo desacuerdo con todo motivo siniestro ó egoista. Los escritores italianos de esta época, que afectan hablar de estos motivos con cierta desconfianza, estaban muy poco acostumbrados á semejantes ejemplos de fiel y constante adhesion; pero el historiador, que pesa todas las circunstancias, debe confesar que nada justifica tal desconfianza, y que los únicos actos censurables en el gobierno de Gonzalo fueron ejecutados, no en favor de sus intereses, sino en pró de los de su señor y en estricta obediencia á